

PATRIMONIO Y SEÑAS DE IDENTIDAD FRENTE A GENTRIFICACIÓN Y TURISMO DE MASAS: A PROPÓSITO DE CÓRDOBA Y SUS PATIOS⁷⁵

Heritage and signs of identity vs. gentrification and mass tourism: about Córdoba and its Patios

Desiderio Vaquerizo Gil⁷⁶

José M^a Manjavacas Ruiz, *in memoriam*

RESUMEN

Breve reflexión a partir del origen histórico-arqueológico del patio urbano, en sus diversas modalidades, con perspectiva diacrónica y particular atención a la ciudad de Córdoba. Se analizan los patios como legado patrimonial y fenómeno turístico, incidiendo en sus valores y también en las amenazas que cuestionan gravemente la fiesta homónima y los hace peligrar como valor material e inmaterial, íntimamente ligados a determinadas expresiones arquitectónicas y, más en concreto, a un concepto y una forma específicos de vida, en el marco de la ciudad histórica en abstracto. Finalmente, se incide en el papel que desempeñan como seña de identidad, factor idiosincrásico y recurso propio, invocando la responsabilidad colectiva a la hora de propiciar con urgencia el consenso entre todos los agentes implicados, a fin de buscar para ellos nuevos modelos que huyan de la instrumentalización.

⁷⁵ Este trabajo se enmarca en el contexto de las actividades del proyecto de investigación “Ciudades romanas de la bética. *Corpus Urbium Baeticarum* II. *Conventus Cordubensis* (Proyecto CVB II) Ref. UHU-1260162”, perteneciente al Programa Operativo FEDER Andalucía 2014-2020.

⁷⁶ Catedrático del Área de Arqueología de la Universidad de Córdoba, España. Email: aa1va-gid@uco.es

Palabras clave: Arqueología, antropología, patrimonio, turismo, etnografía

ABSTRACT

This work offers a reflection on the historical and archaeological origin of the urban patio, in its various forms and with a diachronic perspective, from its first manifestations until today and with particular attention paid to the city Córdoba. Together with this, patios are analyzed both as heritage legacy and touristic attraction, highlighting their values but also the threats that are seriously menacing the homonymous festivity and are endangering their material and intangible values. These are intimately linked to certain architectural expressions and, more specifically, to a very particular concept and way of life. Finally, this work also stresses the role that patios play as identity hallmark, idiosyncratic factor and own resource, invoking the collective responsibility in encouraging a city pact. This pact should be at the basis of a strategic master plan agreed among all the agents involved, which should look for new ways of future for the patios, far from the simple and wild instrumentalization.

Key words: Archeology, Anthropology, Heritage, Tourism, Ethnography

1. INTRODUCCIÓN

Zapatero a tus zapatos, reza el Viejo proverbio castellano. Lo invoco porque, de entrada, puede haber quien se pregunte qué hace un arqueólogo escribiendo sobre turismo, a pesar de que desde los tiempos del Grand Tour aquél se haya nutrido en buena medida de ese acervo colectivo que representa el patrimonio monumental y arqueológico, y, más allá de sol, playa, montaña o nieve (entre otros), los atractivos que aún hoy ofrece se fundamentan con frecuencia en yacimientos, ruinas, museos, exposiciones o performances de diverso tipo, complementarios y vitales para entender esos escenarios multivocales que son nuestras ciudades históricas.

En efecto, el turismo arqueológico no es algo que haya inventado el siglo XX; mucho menos el XXI. El hombre ha sentido atracción por los paisajes antiguos y las obras de otros hombres desde que campa por la tierra, con una primera inflexión en el Renacimiento, y auténticos picos entre los siglos XVIII y XIX (Himmelmann 1981; Pérez-Juez 2006; Díaz-Andreu 2014; Vaquerizo 2018a, 293 ss.), cuando eruditos, anticuarios, historiadores y curiosos más o menos pudientes recorrieron fatigosamente y sometidos a todo tipo de peligros los principales escenarios de la Antigüedad, en Oriente como en Occidente, de la mano de los escritores de la época (Homero, Pausanias, Estrabón, Plinio...), conviviendo de paso durante meses, o incluso años, con los sucesores en el tiempo de los creadores de tanta grandeza. Ejercieron así como verdaderos viajeros conforme

al ideal romántico, vivieron una fecunda, auténtica y no siempre edificante a nuestros ojos inmersión cultural, intentaron capturar el *pathos* de las culturas que les atraían; muy lejos, por tanto, del turismo que por regla general se hace actualmente, gobernado por las prisas, la saturación y la más pura superficialidad –también, otro tipo de riesgos, más relacionados con salud o la globalización del terror–.

Según ha analizado con detalle A. Pérez-Juez (2006, 55 ss.), turismo viene a significar algo así como viaje circular de placer o exploración, que implica desplazarse a lugares atractivos por su exotismo, calidad de vida o interés etnográfico y/o monumental de forma siempre temporal, por cuanto indefectiblemente se torna al punto de partida. Como término es de filiación lingüística francesa, pero como concepto se lo atribuyen los británicos, quienes entre los siglos XVIII y XIX acuñaron la expresión *Grand Tour* (aparece por primera vez en un diccionario inglés de 1800) para definir lo que a partir de la Ilustración hacían los hijos de las más poderosas familias de su aristocracia y su nobleza: reservar varios meses, que a veces se alargaban hasta dos o tres años, según los casos y los posibles, para viajar por Europa con afanes formativos, de la mano de un tutor. Destinos imprescindibles: Francia (París) e Italia (Roma, Nápoles, Florencia, Milán, Venecia, Génova...), donde los postulantes ingleses, que llegaron a ser hasta cincuenta mil al año en el primer tercio del siglo XIX, se empapaban de historia del continente y de cultura clásica, aprendían idiomas, hacían contactos y amistades, frecuentaban los ambientes cortesanos dejándose ver, incrementaban los fondos de sus colecciones privadas de arte y antigüedades, aprendían buenas costumbres, y alguno que otro se iniciaba en los lances galantes, aprovechando de paso para foguearse y cobrar experiencia (en el sentido más amplio de la palabra) antes de volver a casa y caer en las redes del matrimonio y del trabajo.

Quien podía, además, se daba una vuelta por Alemania, Suiza, los Países Bajos o incluso España, donde nutrían sus agendas de nombres y relaciones personales e institucionales, claves para el papel que les tenía reservado la vida como futuros rectores del mundo. Algunos, más sensibles o dotados para tales menesteres, iniciaron la literatura de viajes. Con todo, por encima de intereses políticos o estratégicos, el *Grand Tour* tuvo siempre un carácter educativo y de maduración individual verdaderamente determinante en el *cursus* y las capacidades humanas de las clases privilegiadas británicas. Tanto es así que, a pesar de la globalización y los mil y un cambios sufridos por el mundo en el último siglo, muchos lo siguen practicando –también en América, ya no sólo entre la aristocracia–. Constituye, por consiguiente, un rito envidiable de iniciación a la vida y al mundo, que al

componente práctico e instructivo añade otro hedonista y epicúreo, propio de un pueblo sabio y positivista, bien consciente de su lugar en el mundo y muy coherente con su propio talante, tan altivo como curioso, tan intrépido como observador, tan audaz como siempre proclive a conquistar el mundo.

Su carácter precursor con respecto al turismo cultural de nuestros días radica, pues, en que quienes tenían el privilegio de poder realizar este viaje incorporaban siempre en él la visita a los grandes centros de la Antigüedad, como Roma, Pompeya, Herculano o Stabia, de la mano y la guía de sus tutores, por regla general expertos en cultura clásica, y estimulados por la obra de grabadores como G.B. Piranesi o teóricos como J.J. Winckelmann. ¿Por qué, entonces, no se llegaba más allá, dejando fuera del circuito centros arqueológicos tan emblemáticos y significativos como Egipto, Grecia, Mesopotamia o Asia Menor? Pues por las mismas razones que hoy: tanto el Mediterráneo Oriental como el Norte de África eran lugares inestables y peligrosos; incorporaban un componente de aventura que se avenía mal con los objetivos del Grand Tour y quedaba para otro tipo de viajeros; algo que cambiaría un siglo después, cuando ya a nivel estrictamente arqueológico comenzarían las misiones europeas en Oriente.

Poco a poco, la pasión por los viajes y los paisajes históricos iría calando en la sociedad europea, de la mano del pintoresquismo, el romanticismo, el exotismo, la etnografía, el nacionalismo (Díaz-Andreu 2014, 12) y cierta nostalgia por el pasado –que se tenía entonces por bastante mejor que el presente–, hasta que a mediados del siglo XIX el inglés Thomas Cook inventa el “paquete turístico” de corta duración, que democratiza lo que antes había sido privilegio de las clases adineradas, y, después de la Segunda Guerra Mundial, ya institucionalizado el concepto de vacaciones, eclosiona el turismo de masas, adobado ahora por nuevos elementos no estrictamente culturales como el sol, la playa, el comercio, la gastronomía, el ocio y el descanso, que en la actualidad siguen siendo motores determinantes del mismo.

A día de hoy, cuando la *“terminología empleada rezuma un cierto marchamo tecnocrático que deshumaniza a los protagonistas: el patrimonio es un nicho de mercado, los ciudadanos son clientes, los viajes organizados son trips, el público potencial se clasifica según targets...”* (Ayán 2014, 151), lo que se ha dado en llamar arqueoturismo⁷⁷ –que en líneas generales se engloba bajo el paraguas del turismo cultural en sentido amplio– suele ir de la mano de algunas, o de todas,

⁷⁷ Vid. por ejemplo al respecto algunos capítulos de Napolitano, Marino 2016; Pérez-Juez 2006, particularmente pp. 76 ss., y Vaquerizo 2018a, 293 ss. Otros títulos de interés, Manzato 2007, 100 ss.; los contenidos en Vives, Ferrer 2014, o Moreno, Sariego 2017, en particular 172 ss.

las iniciativas enumeradas más arriba⁷⁸. Una parte importante de la comunidad científica, fundamentalmente académica, lo mira con cierto afán peyorativo, entre otras muchas razones por los peligros que entraña para el bien patrimonial, dada su fragilidad, su carácter no renovable, y el impacto que suele provocar en él la intervención destinada a ser expuesto, y la acción de los visitantes (Ferrer, Vives 2014, 178 ss.). También, porque suele ser causa de que las instituciones primen desde el punto de vista financiero los yacimientos y los restos más monumentales por su mayor nivel de atracción para el gran público, en perjuicio de la investigación, el interés científico o la información histórica (Díaz-Andreu 2014, 30); todo ello a pesar de que unos y otros seamos cada vez más conscientes de la conveniencia y la necesidad última de revertir el conocimiento que generamos en el tejido patrimonial y productivo de nuestros respectivos territorios, de que “*al ofrecerse como producto turístico el patrimonio se consolida como un foco de bonanza y desarrollo local, como instrumento pedagógico y formativo, un refuerzo para la identidad de una población*” (Pulido Calvo 2008, 322-323 y 325 ss.). Son, huelga decirlo, cuestiones distintas.

El turismo arqueológico pretende, en esencia, convertir el patrimonio arqueológico -ese legado heredado que es a la vez derecho de todos los ciudadanos, pero también exigencia, deber y responsabilidad compartida (Andreu, García 2012, 39)- en un factor de recreación estética, intelectual, simbólica e identitaria (Volpe, De Felice 2014, 413; Cuzzo, Guidi 2013), al tiempo que de reivindicación y valorización de los bienes patrimoniales del territorio, de memoria social (Volpe 2015, 38), de conciencia y participación ciudadana, de respeto y educación, entendida esta última como la transmisión de valores, conocimientos y obras de un pasado que es obligado conservar, transmitir y, por qué no, utilizar como base privilegiada para nuevas conquistas culturales y sociales (Badia 2009, 24), yacimiento de empleo y fuente de riqueza. Esta forma de ver las cosas apoya en un argumento de peso no siempre tan efectivo desde el punto de vista de la construcción cultural como de un análisis superficial podría derivarse: la sostenibilidad, la rentabilidad social y el retorno económico, perfectamente contrastados⁷⁹. Finalmente, dicha modalidad de turismo puede -y debe- complementar la oferta patrimonial ya existente, por su carácter no estacional y su directa relación con el paisaje y la naturaleza (más marcada aún en ambiente rural), a la vez que contribuir a la “*visión holística que reclama el turista cultural del siglo XXI*” (Pulido Calvo 2008, 325; Orejas, Ruiz del Árbol 2013, 228 ss.).

⁷⁸ Un análisis del mismo para la Costa Blanca (Comunidad Valenciana), en Solsona, Rico 2014, 32 ss.

⁷⁹ *Vid.* por ejemplo al respecto Pérez-Juez 2006, 281 ss., o González Marcén 2010, 3 ss.

Se entiende así –espero– la presencia de un arqueólogo en estas páginas; primero, porque pretendo hablar de la ciudad histórica, y Córdoba es ejemplo paradigmático de ello; segundo, porque los patios representan la herencia arquitectónica, social y etnográfica de muchos siglos de vida acumulada; tercero, porque cualquier análisis científico de este tipo de procesos se verá enriquecido si se hace desde la interdisciplinariedad, que garantiza la conjunción de puntos de vista y una mirada transversal, de verdad indispensable para entender los procesos en toda su dimensión; y, cuarto, porque vivimos un momento de crisis sin precedentes en nuestra historia reciente, que deberíamos aprovechar en el sentido etimológico del término, para la reflexión y como oportunidad, trampolín desde el que salir renovados y con nuevas propuestas, capaces por sí mismas de reconducir el modelo, corregir sesgos y plantear apuestas firmes de futuro.

Cuando pase la crisis, será el momento de potenciar de nuevo nuestro turismo, y en él habrá de ocupar un papel determinante la arqueología (conviene no olvidar que Córdoba es un yacimiento en sí mismo, y que su provincia cuenta con un patrimonio arqueológico de primer orden), por muchas razones que tienen que ver, entre otros aspectos más o menos ya avanzados, con: la mejora del nivel educativo de la sociedad; el crecimiento imparable de amplios sectores de la ciudadanía con mucho tiempo libre y cierto poder adquisitivo que requieren productos específicos de turismo cultural; la proliferación de viajeros, que buscan la diferencia en la personalización del producto; el interés cada vez mayor por el ecologismo y la historia, o las necesidades de un turismo familiar atraído por actividades culturales y didácticas en ámbitos cercanos a los de la residencia habitual que permitan completar la formación en el aula de los hijos, al tiempo que el disfrute combinado de naturaleza y cultura (incluidas por supuesto gastronomía y tantas otras expresiones de carácter patrimonial que conforman un todo único).

Concienciar a esta sociedad permitiéndole -o, mejor, facilitándole- el acceso a un patrimonio que en último término le es propio, parece el medio más indicado para conservarlo sin que ello implique bajo ningún concepto perder, o menospreciar, su potencialidad como foco de análisis científico y avance del conocimiento. Son aspectos complementarios, no contrapuestos, que, bien gestionados –de nuevo, no necesariamente por los mismos profesionales y técnicos–, podrían por otra parte contribuir de manera importante a la retroalimentación del proceso. Sin embargo, los riesgos son grandes; entre ellos: caer en la superficialidad o la simplificación, suscitando de paso confusión en el mensaje, incluso el efecto contrario al buscado; provocar sobreexplotación y adulteración del paisaje histórico; potenciar la cultura de los “grandes eventos” y un turismo de masas

que la consume sin el menor criterio (Brogiolo 2014, 333) y acaba por provocar el rechazo de la población residente o local (Pulido Calvo 2008, 326 ss.); y, por último, la sostenibilidad. La atracción, cuando se convierte en multitudinaria, transforma por completo la experiencia del visitante en relación con el bien, por lo que se trata de argumentos contradictorios, muy difíciles de casar.

En Córdoba han menudeado estos últimos años empresas que tratan de rentabilizar la Córdoba subterránea⁸⁰, las leyendas⁸¹ y los misterios de una ciudad milenaria -rozando en ocasiones el esoterismo⁸²-, así como todo lo relacionado con las cuatro culturas que la han habitado, incluidos talleres y teatralizaciones⁸³, y no faltan ofertas *tour free*, o *low cost*, que en más de un caso camuflan realidades muy poco modélicas. Buena parte de ellas se han conformado al socaire del éxito logrado por el proyecto de cultura científica *Arqueología somos todos*, abanderado por el Grupo de Investigación que dirijo en el marco de la Universidad de Córdoba desde el año 2011, y se nutren masivamente de sus contenidos (www.arqueocordoba.com). Son, en cualquier caso, iniciativas respetables, un modo de crecer y reinventarse en tiempos difíciles (Berrocal 2016, 125 ss.; Parga Dans 2011, 275); si bien los riesgos, los errores, son muchos: a veces, garrafales, o clamorosamente antiéticos. De hecho, está por comprobar su capacidad de consolidarse en el tiempo, su viabilidad, si de verdad existe mercado sostenible más allá de la burbuja turística en una ciudad que basa al 90% sus atractivos turísticos en la Mezquita y su entorno (Palmieri 2008, 289-290).

Se entiende así, en definitiva, que intente en este trabajo ampliar mis reflexiones al tema de los patios, por cuanto se han convertido en uno de los activos más importantes -si no el que más- de la oferta turística cordobesa, hasta el punto de perfilar internacionalmente la imagen patrimonial de la ciudad por encima de sus otros muchos recursos. Tal vez requerir una gestión integral del patrimonio de Córdoba entendido en sentido holístico sea utópico y un tanto ingenuo, pero soy de los que piensan que mientras no se consiga, con base siempre en una buena planificación, generosidad, consenso y voluntad política, la ciudad seguirá renunciando de forma un tanto insensata a su propia, rotunda, reconocida e indiscutible potencialidad.

⁸⁰ <http://blog.cordobaincoming.com/ruta-turistica-por-la-cordoba-subterranea/>

⁸¹ <http://www.reservaturismodecordoba.org/539/leyendas-de-c%C3%B3rdoba-visitas>

⁸² <http://www.cordobamisteriosa.es/>

⁸³ <http://www.eraseunavezcordoba.com/rutas/>

2. BREVES NOTAS HISTÓRICAS

Por razones obvias, el patio como elemento arquitectónico está directamente unido a ese crisol de culturas que se han desarrollado desde antiguo en torno al *Mare Nostrum*, favorecidas por el clima, el medio y la historia común. Las buenas temperaturas que se suelen disfrutar la mayor parte del año, matizadas en los momentos más rigurosos del mismo por vegetación, porches y agua; las posibilidades que el patio ofrece para distribución del espacio doméstico, ventilación, vida en familia, representación social, trabajo, descanso, meditación, ocio o simple contemplación; su carácter de eje estructurador de la casa, versátil, polivalente e incluso múltiple según los casos, explican por sí mismos el puesto privilegiado que tales soluciones han ocupado en el marco de la arquitectura doméstica mediterránea, entendida la vivienda como lugar estricto de hábitat y con independencia de su época, su tamaño o sus pretensiones.

Los pueblos del arco mediterráneo ligan cualquier celebración –individual, colectiva, conmemorativa, festiva, ritual o religiosa– al buen comer, el buen beber y el disfrute conjunto de los otros y de la naturaleza. Más allá de cuestiones puramente sociales o socializadoras, familiares o locales (como combatir el calor, ventilar la casa o nutrir la de agua a través del pozo), lo importante es transcurrir la vida al aire libre; el contacto directo con cielo y tierra; el carácter aglutinador o de retiro, según el caso, que ofrecen ámbitos diseñados explícitamente para ello; su valor como factores de saneamiento y profilaxis; su posición privilegiada para una comunión directa con los dioses protectores de la casa y de la naturaleza, o la ambientación evocadora del paraíso que implican, convertidos en un adelanto del mismo en la tierra⁸⁴.

Para rastrear el origen del patio hemos de acudir, cuando menos, a los primeros palacios mesopotámicos, donde fueron elemento determinante en su organización interna para la distribución de funciones y la canalización de los visitantes que atestaban a diario sus estancias. Del Próximo Oriente pasan a las culturas minoica y micénica; y después a la griega, la etrusca, la ibérica⁸⁵ y la

⁸⁴ Son todos ellos aspectos que se han visto sublimados durante la crisis sanitaria provocada por el Covid19 y los encierros domiciliarios que ha acarreado, muy diferentes de sobrellevar en función de que la casa en la que debían transcurrir tuviera o no patio propio.

⁸⁵ Los poblados de época ibérica o turdetana no son bien conocidos en Andalucía. Entre los pocos excavados se encuentran casas sin patio, como en el Cerro de la Cruz (Almedinilla, Córdoba) (Vaquerizo, Quesada, Murillo 1994), y casas con patio, como las detectadas en Puente Tablas (Jaén) (Ruiz Rodríguez *et alii* 2015), si bien en unas y otros muchas actividades cotidianas se

romana. En la Roma de época imperial hubo dos tipos básicos de vivienda: la *insula* o casa de vecindad, en realidad un bloque de apartamentos con servicios comunes organizados en torno a uno o más patios, y la *domus*, casa unifamiliar de una sola planta que adapta viejas fórmulas helenísticas y utiliza como elementos umbilicales atrio y peristilo.

Al atrio, cuyos tejados mandaban el agua de la lluvia a una cisterna situada bajo él (*impluvium*), se accedía directamente desde la calle, y tuvo siempre un cierto componente público: en él recibía el *patronus* a sus clientes para la *salutatio* mañanera, entregándoles como contrapartida la *sportula* o donativo diario; en él se organizaban los velatorios –los cadáveres con los pies hacia la puerta en claro signo de exclusión– y se exponían las máscaras de los antepasados. Por el contrario, el peristilo, amplio patio interior dotado de juegos de agua, vegetación, mosaicos y esculturas, que a veces contaba con acceso directo a través de una entrada lateral, se destinaba a la vida familiar, al disfrute cotidiano y al ejercicio bien planificado de la vanidad: a él solían abrir las habitaciones principales de la casa, incluidos los comedores y salas de representación para fiestas y banquetes; en él se leía poesía, se declamaba a los clásicos, y también se intrigaba (*vid.* por ejemplo Gros, Torelli 2007, o Jashemski *et alii* 2017).

Algunos de las *domus* de atrio y peristilo mejor conservadas del Imperio pueden visitarse en Pompeya (Zanker 1998; Flora 2015). En Córdoba, sin embargo, sólo las tenemos por el momento de peristilo, tal vez porque en ningún caso se han documentado completas, o porque progresivamente los atrios perdieron funcionalidad (Neira Jiménez 2018, a y b; o Vaquerizo 2018b) (Figura 1). Todas ellas hablan de ambientes domésticos marcados por el lujo y una estricta fidelidad a los parámetros culturales de Roma y el mundo helenístico. De las *insulae cordubenses* no tenemos la menor noticia, pero es de suponer que, como en otras grandes ciudades del Imperio (Ostia Antica es paradigmática al respecto), convivirían grandes mansiones unifamiliares con bloques de apartamentos y casas de vecinos, en una dualidad con mil pasos intermedios y todo tipo de mixtificaciones que ha llegado incluso a nuestros días.

realizaban fuera de la casa *sensu stricto*. En cualquier caso, simplifico absolutamente, por cuanto sería posible distinguir estructuras domésticas con algún tipo de patio en otras muchas culturas hispanas previas a la llegada de Roma, entre ellas las orientales u orientalizantes (piénsese por ejemplo en el santuario de El Carambolo; al respecto, *vid.* algunos de los trabajos contenidos en De la Bandera, Ferrer 2016).

Figura 1. Ejemplos de *domus* con patios columnados conservadas en Córdoba. A) Santa Rosa I. Peristilo principal del conjunto, en planta y recreado por Arqueonova (cortesía J.M. Salinas). B) Casa Herruzo (fotog. Convenio GMU-UCO). C) Santa Rosa II: patio poligonal con pavimento de tema marítimo, templete central y fuente (fotog. R. Penco).



Fuente: J.M. Salinas (A), Convenio GMU-UCO (B) y R. Penco (C).

Tales principios rectores fueron también trasladados al campo, en forma de asentamientos que reproducen el esquema de las grandes mansiones urbanas (*urbs in rure*), al servicio del boato, la ostentación, el aislamiento pretendido y, por supuesto, el disfrute del *otium*. En las provincias hispanas no contamos hasta el momento con *villae* de recreo en sentido estricto, que sí menudean en Italia, particularmente en el Golfo de Nápoles (Rossi 2002). Tales *villae* evolucionan a la vez que el Imperio hasta alcanzar sus expresiones más conspicuas entre finales del siglo III y mediados del V⁸⁶, con zonas residenciales que destacan tanto por sus esquemas constructivos como por sus programas ornamentales, acompañados en ocasiones de artificios capaces de epatar a propios y extraños; siempre, en contextos paisajísticos privilegiados y en torno a patios que recrean de forma magistral la idea de *paradésos*.

⁸⁶ Vid. los trabajos contenidos en Hidalgo 2016.

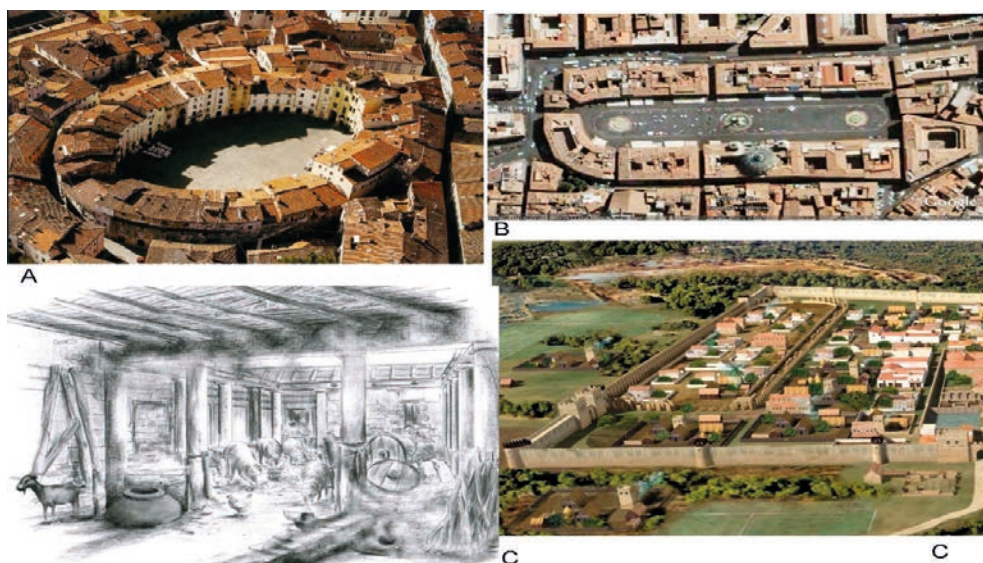
Este paisaje urbano, arquitectónico y humano se ve gravemente afectado por el final del Imperio, que transforma el mundo conocido en beneficio de nuevas fórmulas de poder, nuevos periodos de inestabilidad, nuevos aportes poblacionales y el triunfo del Cristianismo (Ruiz Bueno 2018; Sánchez Ramos, Mateos 2018). En este proceso, las casas experimentan cambios de enorme trascendencia. Sobre las viviendas de los sectores más bajos de la población seguimos sin tener demasiadas noticias, más allá de que muchas de ellas, poco más que cabañas, ocupan el interior de los grandes edificios de espectáculos romanos: teatros, circos y anfiteatros, fosilizados algunos de ellos en el callejero actual de ciudades históricas como Roma, Firenze, Lucca o Valencia. En Córdoba, el anfiteatro condicionó la planta del arrabal islámico asentado siglos más tarde sobre sus ruinas (Vaquerizo, Murillo 2010) (Figura 2).

También las *domus* pierden su valor unifamiliar para ser ocupadas por grupos gentilicios diversos que aglutinan en ellas viviendas, lugares de trabajo, talleres y a veces incluso establos, llegando a convivir con los animales. Asistimos así a una importante solución de continuidad con el mundo clásico que, sin embargo, de forma un tanto paradójica, repararán pocos siglos más tarde los árabes. Cuando llegan a Córdoba el modelo habitacional que encuentran es el tardoantiguo, sostenido por elites cristianas de procedencia en muchos casos centroeuropeas. Ellos rescatan de forma activa el legado de Roma, haciendo confluir la tradición oriental del palacio omeya, materializada en Córdoba en forma de grandes palacios y almunias, y de la casa grecorromana (incluidas las *insulae*), organizadas siempre en torno a uno o varios patios.

Entre las primeras, destaca por sólo poner un ejemplo la que Abderramán I se mandó construir en La Arruzafa. Por el momento sigue sin poder ser excavada, pero ha bastado la geofísica para saber que se trató de una adaptación casi literal del palacio que su abuelo Hisam disfrutó en al-Rusafa, antigua Sergiopolis, en Siria (González Gutiérrez 2018, 312 ss., Fig. 6, con bibliografía anterior); el escenario de sus juegos de niño y su formación como hombre. Abderramán I lo reproduce en Córdoba como factor de legitimación dinástica, acompañándolo de huertos y jardines que le sirven para aclimatar numerosas especies; y lo hace sobre una antigua villa romana. De estos momentos iniciales del Emirato apenas conocemos las claves de su arquitectura doméstica en Córdoba, pero resultan muy significativas las excavaciones practicadas a principios de los años dos mil en el viejo arrabal de *Saqundah*; barrio populoso, ubicado al otro lado del río (se conoció de hecho como arrabal meridional, *al rabad al-yanubi*), cuyos habitantes, fundamentalmente comerciantes, artesanos y gente de condición humilde, se

levantaron en 818 contra los abusos fiscales de emir al Hakam I, desapareciendo casi en el envite: el enclave por arrasamiento, y sus vecinos por deportación (García Gómez, 1976).

Figura 2. Reocupación de edificios de espectáculos y grandes *domus* durante la etapa tardoantigua. A) Anfiteatro de Lucca (Italia); B) Estadio de Domiciano, actual Plaza Navona, en Roma; C) *Domus emeritense*, y C) Circo de la antigua Valentia. Maqueta



Fuente: Fotografías e imágenes de diversa autoría.

De *Saqundah* se habían conservado, pues, los ecos histórico-legendarios, pero nada más, hasta que las excavaciones desarrolladas allí a principios de siglo (Casal 2020) pusieron al descubierto los cimientos de un amplísimo sector del arrabal (16.000 m²), conformado por estructuras domésticas, comerciales e industriales organizadas en torno a calles de hasta seis metros de anchura, con técnicas constructivas, tipologías y servicios muy diferentes a los que más tarde nutrirían los grandes arrabales califales. En estos momentos aún no existía en Córdoba la casa-patio, que como tal se desarrollará específicamente a partir cuando menos de la época califal, pero el esquema repetido de varias casas abiertas a un espacio común evoca ya en alguna medida el de la casa de vecinos que siglos

más tarde acabaría materializando en Córdoba a través de multitud de variables, capitalizadoras sin duda de influencias muy diversas.

Ya en época califal, el patio como elemento nuclear de la vivienda trasciende de nuevo las murallas y pasa a ser principio rector de los miles de casas que pueblan los nuevos arrabales, de trazado urbanístico sorprendente y alcance inimaginable hasta hace sólo unos años. Han sido muchas las excavaciones practicadas en las últimas décadas, y decenas de hectáreas las puestas al descubierto de estos barrios extramuros, diseñados conforme a criterios ortodámicos, y dotados de todo tipo de servicios, incluidos sus propios cementerios. Por desgracia, la publicación de resultados no ha ido ni con mucho pareja al movimiento de tierras (León Muñoz 2019), y ha tenido que ser la Universidad la que se faje en la recuperación de datos y la exégesis. Así, más allá de algunos trabajos de alcance nacional sobre el tema (Gutiérrez Lloret 2021), destacan para el caso de Córdoba los más recientes y locales sobre el papel urbanizador de las mezquitas de barrio (González 2018); el rol ejercido en la urbanización extramuros por el agua (Vázquez 2018), o la vivienda durante la etapa almohade posterior (Blanco 2018) (Figura 3). Este último autor ha desarrollado un cuerpo crítico en torno a la casa-patio que demuestra hasta qué punto éste se convirtió durante la época islámica en corazón de la casa, espacio privilegiado para el descanso, el ocio y la vida íntima y familiar⁸⁷, paraíso en la tierra y lugar de belleza particular potenciada por la presencia determinante del agua y de numerosas especies vegetales que la arqueología nos ha regateado debido a la metodología más que limitada de la mayor parte de intervenciones realizadas⁸⁸, pero que conocemos por las fuentes escritas, evocadoras siempre de tales ambientes como bálsamo necesario para el alma y deleite insustituible para los sentidos.

⁸⁷ “Por eso nada es más ajeno a la Córdoba islámica que los patios actuales de la ciudad, que se exhiben sin recelo a cualquiera que pase, como mujeres demasiado seguras de su belleza. El interior de la casa musulmana era un lugar inaccesible para la mirada de un extraño” (Muñoz Molina 2009, 86).

⁸⁸ Las aportaciones de la Paleobotánica en este sentido son fundamentales. Sin embargo, poco puede hacer esta ciencia cuando no se cuenta con muestras, ni los arqueólogos responsables de las intervenciones se han ocupado habitualmente de esta cuestión.

Figura 3. Tipología de viviendas con patio en la Córdoba almohade. Casas-jardín (CJ) y Casas-taller (CT).



Fuente: Cortesía R. Blanco, 2018.

Finalmente, no debemos olvidar que en el siglo X *Qurtuba* alumbraba una ciudad nueva, a través de la cual llega al mundo toda una lección de urbanismo, planificación, infraestructuras y saber vivir. Hablo de Medina Azahara, que hizo del patio el elemento rector de su urbanismo, a la manera importada de Oriente (Vallejo 2010). Abd el-Rahman III supo construir un escenario palatino a la altura de su idea de poder, desde el que irradió pensamiento, civilización y progreso, y exportó ideas, científicos y creadores. Como despoblado nunca conoció ocupación posterior, lo que redobla su valor. El modelo sería imitado poco después por Almanzor en Madinat al-Zahira, pero en este caso el conjunto sigue sin ser localizado.

La presencia islámica en al-Andalus se prolonga durante siete siglos largos, por lo que analizar con detalle cómo evoluciona el patio en cada una de las etapas exigiría de análisis más exhaustivos que éste. Eso, sin tener en cuenta la dimensión espacial. Al-Andalus es realidad cambiante, en el tiempo y en el espacio, y también multiétnica, por cuanto a los árabes llegados de Oriente se suman norteafricanos, muladíes y mozárabes, judíos y otras muchas razas, esclavizadas o no. De ahí que cualquier manifestación de su cultura deje casi siempre traslu-

cir un componente mestizo que está en la base del mundo andalusí como uno de sus signos más definitorios e idiosincrásicos. Por eso, pretender para el patio en Córdoba un origen único y unívoco sería un grave error de apreciación que podría conducir a simplificaciones excesivas. En lugares tan mixtificados como la península Ibérica resulta complicado buscar la “pureza de sangre” en ninguna de sus manifestaciones culturales. Somos un país de síntesis.

Sirva esta pequeña digresión para recordar que tras la conquista cristiana, que en Córdoba tiene lugar en 1236, las cosas variarán de nuevo mucho (Escobar 1989), si bien a mi juicio las bases estaban ya puestas y el proceso será imparable hasta desembocar en el siglo XX en dos tipologías básicas de patios: los populares, casi siempre en casas de vecinos que hacen de ellos el punto neurálgico de la vida en vecindad (con sus ventajas y sus inconvenientes), y el patio señorial, que adopta un número variable y multitud de modalidades según el tipo de vivienda y los “posibles” de sus propietarios, pero que incorporan siempre un componente importante de representación, disfrute familiar y amor por la belleza (Ramos Gil 2016). Con tales precedentes, es fácil entender la realidad actual, que ha acabado por tomar forma en la declaración de los patios cordobeses Patrimonio Inmaterial de la Humanidad.

3. BALANCE DE PÉRDIDAS

Córdoba es por definición una ciudad sobria, a la que le sobran adornos y le falta aprender a gestionar el yacimiento sin límites que representa su historia acumulada, a conservarlo, engrandecerlo y transmitirlo sin renunciar a los principios fundamentales que lo definen. Por más que el desembarco del patrimonio en el negocio turístico (o a la inversa) implique siempre renunciaciones, hay determinadas cosas que a mi entender son irrenunciables. Tras cinco mil años de historia ininterrumpida, la ciudad es genuina y ha de aprender con urgencia a rentabilizar recursos, a aunar esfuerzos, a crear estructura.

Córdoba constituye en sí misma uno de los yacimientos arqueológicos más completos y ricos del Occidente mediterráneo, que a su interés puramente histórico une su condición de ciudad viva. Dicha circunstancia ha provocado en las últimas décadas problemas enormes de gestión, además de difícilmente justificables sacrificios a causa de cientos de intervenciones arqueológicas por desgracia no siempre ejemplares desde el punto de vista metodológico, y mucho menos científico. Por su dilatada historia y sus características como yacimiento urbano,

de extensión, potencia y complejidad inusuales, y por más que alguno de dichos aspectos pueda ser matizable según el momento, Córdoba ciudad representa un ejemplo arquetípico de todos los males que han aquejado a la arqueología andaluza desde que tuvo lugar la transferencia de competencias en materia de patrimonio desde el Gobierno central a la Junta de Andalucía y, casi enseguida, el inicio del *pelotazo*: enfrentamientos sostenidos entre las Administraciones responsables del patrimonio, casi sin excepción de diferente signo político; indefinición en cuanto a los requisitos exigibles para ejercer la profesión de Arqueólogo; ausencia de un proyecto sistemático de ciudad; caos metodológico; escasa cualificación de los profesionales actuantes; descoordinación entre los diversos agentes implicados; rigor insuficiente en los proyectos, las intervenciones y las memorias de excavación; laxitud en los controles oficiales; discrecionalidad en las decisiones; destrucciones masivas, etc. (Vaquerizo 2018a).

Hace sólo unos años, la peculiar problemática del patrimonio arqueológico cordobés protagonizó un Trabajo Fin de Máster en la Universidad Complutense de Madrid (Fernández Gallardo 2015)⁸⁹ cuya autora se preguntaba en qué medida acontecimientos importantes y recientes en relación con la ciudad histórica -más concretamente, su declaración como Patrimonio de la Humanidad en 1994- podían o no haber influido en la gestión y difusión científica del conjunto. Analizaba para ello un periodo de dieciocho años, comprendidos entre 1995 y 2012, durante los cuales tuvieron lugar 80 intervenciones arqueológicas en la zona declarada Patrimonio de la Humanidad, frente a 635 en el resto de la ciudad. Pues bien, de todas ellas sólo se habrían dado a conocer el 27,5% en el primer caso, y el 19,13% en el segundo, lo que parece confirmar una mayor atención a las primeras (poco más del 8%).

Sin que pueda pararme ahora a valorar la mayor o menor exhaustividad de los datos⁹⁰, queda en evidencia, de entrada, uno de los problemas más graves que afectan a la arqueología cordobesa: la falta de correspondencia entre los trabajos de campo y la publicación de la información obtenida, entre la gestión y la investigación, entre la *techné* y la *epistemé*, entre lo instrumental y lo heurístico (no hablo ahora de la puesta en valor⁹¹ ni de la optimización de recursos). Han

⁸⁹ Gracias a su directora, Alicia Castillo Mena, por facilitarme el acceso al mismo.

⁹⁰ Posiblemente muy limitados, dada las características de la recogida (sólo internet), y el carácter ajeno por completo a la arqueología de la autora.

⁹¹ Y “*el consecuente conflicto dialéctico que ella genera, que lleva a la ciudad a reivindicar su importante pasado milenario como seña de identidad y distintivo y, a la vez, a borrar de su fisonomía*

sido décadas de vorágine excavadora, en los que se ha destripado buena parte del gran yacimiento cordobés sin que la exhumación de archivos, la recuperación de material, el rigor en los datos, la interpretación histórica, la conservación e integración de los restos, la planificación, y, mucho menos, la musealización o la incorporación del escaso tejido patrimonial no arrasado en el discurso turístico y socioeconómico de la ciudad hayan corrido paralelas. Así las cosas, es fácil entender que la percepción de la arqueología en Córdoba siga revistiendo tintes negativos⁹², sin que la labor de difusión que diversos agentes —entre los cuales destaca por méritos propios el ya mencionado proyecto *Arqueología somos todos*— venimos realizando contra viento y marea, haya dado todavía los resultados que cabría esperar, o serían deseables.

En síntesis, hablo de una ciudad paradigmática en lo que se refiere a la pérdida de sus archivos del suelo desde la puesta en marcha del llamado Modelo Andaluz de Arqueología; donde la Arqueología Urbana ha generado mucha más información que conocimiento histórico (Rodríguez Temiño 2004; Salvatierra 2013), y que tres décadas largas después sigue sin contar con un discurso patrimonial propio. Un contexto un tanto apocalíptico en el que no se salva nadie: no lo hacen el Estado ni las Administraciones públicas, incapaces de aplicar en su plena dimensión la normativa legal, reconociendo de paso el carácter de ciencia de la Arqueología; tampoco la Universidad, cómplice en ocasiones de un *laissez faire* que se encuentra en la base de grandes desastres arqueológicos —su misión principal es investigar, formar y generar pensamiento, sí, pero también actitud crítica, imbricación con el entorno, activismo social y compromiso—; y, por supuesto, menos que nadie los propios profesionales (libres, comerciales, o como se quiera llamarlos), atrapados en una dinámica vertiginosa en la que el trabajo de campo le ganó desde el primer minuto y por goleada la partida a la investigación, prácticamente nula, a pesar de los informes publicados en el *Anuario Arqueológico de Andalucía*, donde se recoge, sin rubor, criterio, o fondo científico alguno, más de un desatino difícilmente justificable⁹³.

moderna la huella arqueológica de tal pasado” (Fuentes, Hidalgo 2005, 31).

⁹² Cómo percibe la arqueología la sociedad cordobesa, en positivo y en negativo, habrá de ser, antes o después, objeto de un estudio monográfico similar al realizado recientemente (2015) para el País Valenciano. Hablo de la Tesis Doctoral (inédita) *Iberos, públicos y cultura de masas. El pasado ibérico en el imaginario colectivo valenciano*, de A. Vizcaino Esteban (cfr. Vizcaino 2015, 199 ss.).

⁹³ Estas mismas cuestiones han sido también observadas, recientemente y sin ambages, a nivel global, por P. Morín y R. Barroso, que llegan a hablar de “*orgía de destrucción*”, ante la pasividad, la complacencia, o el mirar hacia otro lado de éstos y de aquéllos (Morín, Barroso 2014, 320 ss.).

Aun cuando queda por valorar en su plena dimensión el volumen proporcionalmente más importante de los datos recuperados, todos estos trabajos han incrementado de forma exponencial nuestro conocimiento sobre el pasado de la ciudad, pero también han supuesto pérdidas gravísimas y sin precedentes, de información histórica y de recursos. Urge, pues, hacer balance, aprender de los errores, actuar en consecuencia y no transmitir por más tiempo a la población una imagen negativa de la arqueología, insistiendo en su carácter de ciencia histórica y social, capaz de generar información, pero también nuevos activos patrimoniales. Y el arma principal para luchar contra el rechazo de la sociedad es la educación, clave para que asuma, respete y defienda como propios los testimonios materiales de su pasado (Vaquerizo 2018a).

Es preciso conservar con criterio, señalar de manera rigurosa, uniforme, global e innovadora, potenciar sin reservas el uso de las nuevas tecnologías, facilitar el acceso físico o virtual a los restos (Grande León 2016), crear rutas temáticas y cronológicas que permitan ofrecer a la ciudadanía un discurso diacrónico, coherente y completo sobre el gran conjunto arqueológico cordubense, una herramienta educativa y turística de primer orden que, sin duda, enriquecería de forma importante su oferta patrimonial. De lo contrario, tales integraciones acaban provocando el efecto contrario, lanzan a la sociedad un mensaje de abandono, peso muerto y falta de utilidad que da la razón a los detractores de la arqueología.

Tras años de excavaciones desafortunadas, es tiempo de estudio, imprescindible para incrementar nuestro conocimiento sobre la ciudad antigua y su evolución en el tiempo, pero también de aprovechar cultural y turísticamente lo poco que hemos dejado (Moya 2010, 23). Por más que cueste percibirlo, Córdoba es mucho más que el templo romano, Medina Azahara o la Mezquita, que debería ser entendida como un reclamo, no como un fin en sí misma.

Conviene para ello olvidar las polémicas estériles, mirar a la historia, reintegrar a la ciudad su integridad patrimonial y su esencia; y, de paso, si es posible, generar tejido económico y empresarial para seguir viviendo en, para, por y de ella. Insisto: los tiempos de crisis feroz como los que atravesamos –económica, sanitaria y de valores– han de ser aprovechados como oportunidad irrepetible para la reflexión y la autocrítica, que sirvan para revisar el modelo. También, para combatir la desesperanza y la falta de perspectivas con ideas, iniciativas y cultura emprendedora; siempre, huelga decirlo, desde el rigor, la solvencia, el consenso, la imaginación, la innovación y la generosidad, bases imprescindibles de cualquier acción conjunta.

4. PATRIMONIO Y SEÑAS DE IDENTIDAD FRENTE A GENTRIFICACIÓN Y TURISMO DE MASAS

Mayo es el mes cordobés por excelencia. La ciudad ha hecho de él su tarjeta más internacional de presentación ante el mundo, amplificada desde 2012 con la declaración de los patios como patrimonio inmaterial de la Humanidad por la Unesco. Forma parte de su apuesta, cuando menos discutible, por el folklore y el turismo de masas o aluvión, por su imagen más evidente y festiva -la cultura del disfrute, se ha dado en llamar-, en perjuicio de otras claves definitorias de su naturaleza a las que sigue dando la espalda con criterios excluyentes.

“Córdoba es ahora una ciudad desorientada y en brazos de las modas... Ya no es Córdoba, es un reflejo no de lo que fue, sino de otra Andalucía, de otro aire... Tengo la esperanza de que el futuro de Córdoba sea...hacer de Córdoba una ciudad cultural... La cultura es lo único que puede salvar a Córdoba”. Son palabras del Príncipe de Asturias de las Letras Pablo García Baena, en una de sus últimas entrevistas en profundidad, firmada por Rosa Luque (*Diario Córdoba*, 8 de julio de 2012), una periodista que, conociéndolo bien, supo transmitir aún mejor su pensamiento y su actitud ante la vida. Tras décadas de polémicas continuadas sobre el futuro de Córdoba, este poeta universal con alma de ermitaño dirimió el debate con pragmatismo y buen tino, necesitado sólo de dos frases. Pero ¿cómo hacerlo a entender a quienes confunden la ciudad con un escenario permanente, su austeridad de raza con el afán estrafalario de emulación, su nobleza de siglos con la vulgaridad más explícita? Es difícil, sin duda; no tanto por la semántica estricta de las palabras, sino por la impermeabilidad ante lo que representan e implican por parte de quienes la han convertido en un híbrido absurdo, incapaz de reconocerse. Córdoba necesita reencontrar su rumbo y reivindicarse a sí misma.

Según las cifras del Ministerio de Cultura, el Patrimonio Histórico español generaba cada año, antes de marzo de 2020, decenas de miles de millones de euros de beneficio, frente a una inversión comparativamente mínima, que podría ser incluso inferior si las distintas Administraciones se coordinaran como de hecho manda la ley⁹⁴. Y, por supuesto, Córdoba no era excepción, por más que su imagen urbana aparezca actualmente desenfocada a causa del folklorismo anacrónico. La invasión sin precedentes de bares, terrazas y veladores en sustitución del la vida y el comercio tradicionales terminarán por convertir la ciudad en una pura cantina; el caos circulatorio; las actitudes incívicas; su aparente falta

⁹⁴ Artículo 4 de la Ley de Patrimonio Histórico Andaluz, en su reformulación de 2007.

de rumbo..., son sólo algunos aspectos de un problema de enorme alcance que afecta también a otras urbes (Barcelona o Málaga por ejemplo ya reaccionaron) y degrada a marchas forzadas la calidad de vida de quienes habitan el centro histórico, sometidos a una permanente carrera de obstáculos.

Lo han señalado algunas de las asociaciones ciudadanas locales: si se expulsa a los vecinos en beneficio de la industria hotelera y restauradora, se acabará convirtiendo el corazón de la urbe en un parque temático con el negocio como único hilo conductor, provocará un desastre de extraordinarias e irreversibles consecuencias en el patrimonio, la cultura y las formas cordobesas de ser y de vida, que son los que atraen cada año a decenas de miles de turistas. Hacen falta, pues, reflexión urgente, medidas de verdad correctoras, empatía para entender que una ciudad la hacen quienes la habitan y la dotan de contenido y de alma. Si se siguen primando criterios crematísticos, Córdoba acabará traicionándose a sí misma y pasará a ser otra cosa; legítima quizás, pero desde luego muy alejada de la que habría sido su evolución natural.

Junto con la fiesta de los patios no existe mejor espacio para detectar, en toda su dimensión, el volumen ingente de personas que pasan a diario por Córdoba (decir “visitan” sería demasiado generoso, si tenemos en cuenta la fugacidad de sus estancias) que el entorno inmediato de la Mezquita, donde a veces cuesta, literalmente, transitar las calles⁹⁵. Esa multitud, cuya presencia debería ser suficiente para garantizar a Córdoba uno de los primeros puestos en el ranking de las ciudades más ricas de España⁹⁶, se ve incrementada los fines de semana por los propios cordobeses, que se echan en masa a la calle animados por eventos del más variado tenor, despedidas de solteros/as, bodas, novatadas, viacrucis, triduos, procesiones, novenas, o el simple placer de estar con otra gente. Algo que llega con frecuencia a saturar el espacio.

Se suman a esta cuestión agresiones mucho más explícitas y contundentes al casco histórico en sentido estricto, como la celebración de carreras de coches⁹⁷,

⁹⁵ Entrego este texto en plena progresión de la segunda oleada pandémica de 2020, y en estos momentos el entorno citado destaca por lo contrario: parece un simple decorado del que han huido los extras una vez terminado el rodaje.

⁹⁶ ¿Por qué entonces no es así...?; he aquí una pregunta de hondo calado, que nadie parece tener demasiado interés en responder.

⁹⁷ La celebración en la primavera de 2017 del rally Sierra Morena en pleno corazón del casco histórico de Córdoba, declarado por partida doble Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, excedió cualquier lógica. Es muy llamativo que, en un ejercicio de responsabilidad encomiable sin demasiados precedentes en Córdoba, estén siendo las asociaciones ciudadanas, los

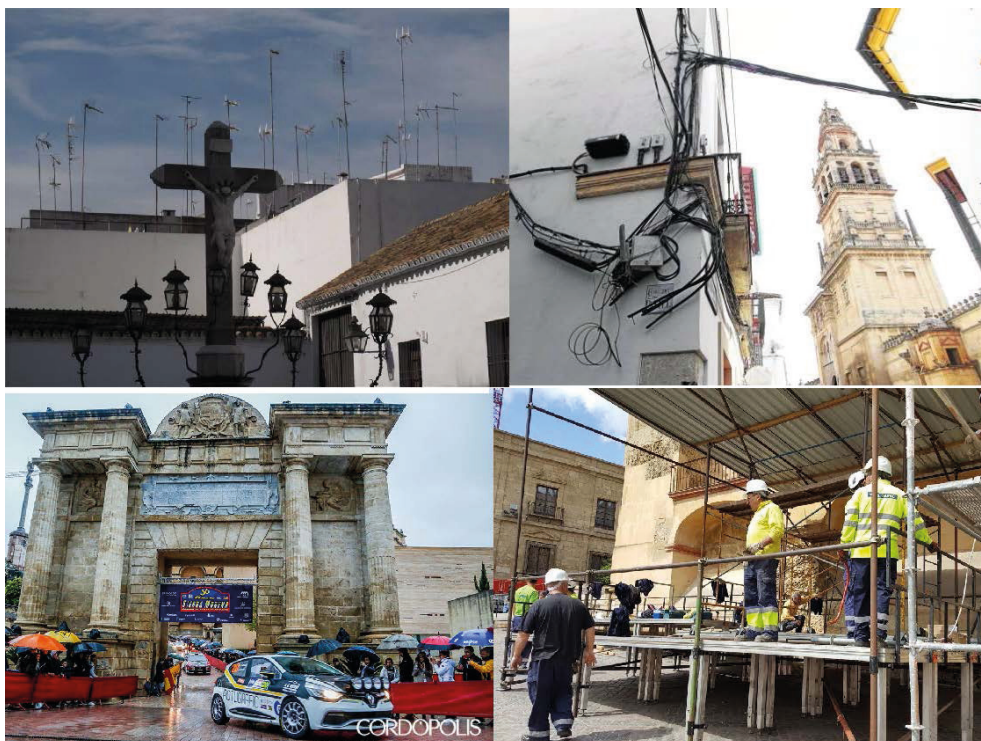
o la disposición en él de los palcos de la carrera oficial de la Semana Santa (Figura 4). Esto es instrumentalizar el patrimonio, un atentado contra el mismo. Los problemas de seguridad, contaminación visual y sonora, capacidad de carga, accesibilidad, evacuación o excesos se agravan por tratarse de un espacio extremadamente frágil, del que peligran su ética y su estética. No sirve el argumento de que otras ciudades también lo hacen. Cada urbe es única, y la excepcionalidad de Córdoba se percibe a cada paso. Trasladar la carrera oficial a esa zona no es sino incrementar la focalización de la imagen urbana en cuatro calles que, en el fondo, representan sólo una mínima parte de la ciudad. Sería más lógico y estratégico apostar por la descentralización, por deslocalizar el eje de atención del turismo y multiplicar su dispersión por el casco histórico, evitando los excesos; algo a lo que ayudan de manera importante los patios durante su fiesta de mayo.

Potenciar determinadas postales urbanas puede ser legítimo y hasta loable, pero nunca a costa del acervo patrimonial colectivo, que como bien recogen las grandes cartas internacionales -en particular la Convención de Faro, de 2005- y las leyes nacional y autonómica tenemos la obligación de investigar, conservar y transmitir, acrecentado. Como bien se está encargando de demostrar la crisis del Covid, el turismo como única alternativa económica puede ser pan para hoy y hambre generalizada para mañana. De ahí la necesidad de revisar el modelo en aras de otro más transversal, estructural y sostenible.

Córdoba es nudo privilegiado de comunicaciones, dispone de un acervo patrimonial incomparable, y es emprendedora, creativa, puntera, acogedora, sorprendente, exclusiva. Sin embargo, a la hora de generar su marca pesan más los aspectos negativos: abúlica, discreta, descoordinada, políticamente ingobernable, errática, incívica, incierta. Su casco histórico preserva aún ese cierto sabor a pueblo tan característico; permite ir andando a todas partes si no se tiene pereza; sus piedras desgastadas evocan la memoria de tantos otros que las pisaron antes, y de noche es fácil dejarse seducir por los efluvios de jazmines, madreselvas o damas y galanes de noche. No cuenta, sin embargo, con buen comercio; muchas de sus calles no permiten la entrada de ambulancias o coches de bomberos; aparcar es odisea sólo combatible con la compra o alquiler de una plaza de garaje en la que es fácil quedar bloqueado; mientras la reiteración de espectáculos y verbenas deterioran la calidad de vida de los vecinos. Es, pues, ciudad bifronte, en la que suelen convivir a diario las dos caras de una misma moneda.

representantes sociales, los cordobeses mismos, quienes denuncien tales tropelías.

Figura 4. Problemas de contaminación y mala praxis en el casco histórico de Córdoba: antenas, cableado, celebración de pruebas deportivas en el entorno monumental Patrimonio de la Humanidad, y montaje de los palcos de la Semana Santa.



Fuente: Fotografías de diversa autoría.

Hasta que estalló la pandemia, creía haber descubierto en el turismo la gallina de los huevos de oro; la hostelería se había convertido en su cruz de guía; asistía, impávida, a la desnaturalización y el colapso de su centro histórico; seguía sin disponer de un proyecto conjunto de futuro, incapaz de diseñar actuaciones al margen de los ciclos políticos; permanecía indiferente a la transformación de sus espacios urbanos en beneficio del ruido, las tabernas y un epicureísmo feroz y mal entendido; aplaudía que masas informes invadieran sus calles a riesgo de echar de ellas a quienes las habitan; derrochaba patrimonio en absoluta, irresponsable y temeraria impunidad, confiada en el potencial de la Mezquita y los patios... Sin embargo, la Marca Córdoba no puede ser la duda metódica, ni la

eterna displicencia, o la polémica por la polémica, sino la abstracción, la transversalidad, la reivindicación rotunda de su idiosincrasia, la motivación, el consenso. No existen las fórmulas mágicas; sólo el trabajo y el tesón en pro de una idea compartida; porque en último término el patrimonio lo generan, alimentan y singularizan los pueblos, que le dan valor. ¿Existe mejor marca que la coherencia...?

Córdoba es resultado paradigmático de un proceso de síntesis cultural, urbanística y arquitectónica que, a través precisamente del uso de materiales constructivos tomados de su propio entorno (básicamente, piedra, tierra, madera y cal), del diseño de calles y plazas de forma que el sol no las maltrate, de concebir la vida hacia adentro en torno al patio, de aprovechar las infinitas posibilidades que ofrece su extraordinaria abundancia en agua, ha sabido generar una forma de vida adaptada a los rigores del clima, a su extremismo meteorológico secular, a su necesidad de bajar unos grados el calor imperante la mitad del año, a su carácter abierto y socializador, tan dado a la vida en el barrio. Un prototipo de ciudad histórica a la que es posible acercarse de mil formas diversas, y que si rompe su equilibrio terminará por deshumanizarse.

Las avalanchas de turistas –que un día volverán, aun cuando a día de hoy sea difícil hacer previsiones de nada– son también resultado de la promoción nacional e internacional que se está haciendo de la ciudad, de sus cuatro reconocimientos como Patrimonio de la Humanidad, del trabajo de muchísima gente. Quienes la visitan suponen un aporte extraordinario de dinero que repercute en un amplio espectro de parcelas económicas, vitales en su apuesta sin reservas por el sector servicios, en su renuncia a cualquier pretensión industrial. Sería temerario defender lo contrario. La pregunta es si todo ello se traduce en empleo de calidad, si los beneficios económicos generados revierten de verdad en la mejora del producto, si existe voluntad de renovar de forma sostenida su oferta, si se emplean suficientes esfuerzo y dinero para potenciar el verdadero *leitmotiv* de la urbe, justificación de sus ecos universales y clave de su retroalimentación permanente: el patrimonio. Y la respuesta ha de ser categórica: no.

Ni la ciudad podrá soportar por mucho más tiempo el crecimiento exponencial e imparable de un turismo aluvional que acaba llevándose una imagen equívoca de la misma, ni le conviene creer que está todo hecho. De ahí la importancia de reconducir el modelo. Lo ideal sería un turista que pudiera recorrer Córdoba sin aglomeraciones y en silencio, amparado por las primeras luces del alba, los colores en explosión del centro del día o la calma tabernaria de la

tarde; disfrutando en un patio de un rato de charla sosegada con quienes viven en él y lo cuidan. Hablo de patios reales, no de atrezzo. Esa persona volvería, y cuando lo hiciera querría repetir su comunión, seguir indagando en las claves existenciales de una urbe que es puro duende. Cuesta creer que esta sensación la comparta quien ha recorrido las calles estrechas del casco histórico durante tres horas, adocenado cual oveja tras la sombrilla del o la guía de turno. El objetivo ha de ser el turismo cultural de calidad, ansioso por saber, deseoso de vivir nuevas experiencias, impaciente por sumergirse de lleno en la historia y la etnografía de la sociedad que lo acoge; no estacional, por tanto. Dicho de otra manera: caben otros modelos, más allá de ser invadidos.

Toda sociedad que se precie debe reivindicar su derecho fundamental e inalienable a la salud, el descanso y la integridad física y mental; un espacio urbano tranquilo, silencioso, ordenado, limpio, pulcro y educado, en el que convivir no implique molestias para nadie, sino solaz y gratificación; máxime, cuando hablamos de una ciudad como Córdoba, que respira poesía por sus cuatro costados. El silencio también es cultura; matiz definitorio; invitación a la lectura y la reflexión sosegada, a la charla compartida; símbolo de introspección, puerta de la sabiduría, espejo de poetas. Paradójicamente, las autoridades no paran de abrir la mano en lo que se refiere a las concesiones al sector hostelero. Lo demuestra la nueva regulación de actividades recreativas aprobada por la Junta de Andalucía en el verano de 2018⁹⁸.

Nuestros cascos históricos están ya tan invadidos por las terrazas y los locales de ocio (Figura 5), incrementados por los intentos un tanto fútiles de evitar el colapso económico –como si no existieran más fuentes de reactivación económica– durante la crisis del coronavirus⁹⁹, que cuesta entender su proliferación salvaje; sobre todo cuando ya en 2016 los Defensores del Pueblo españoles en su conjunto denunciaron las agresiones acústicas como un problema gravísimo de salud colectiva¹⁰⁰, en línea con la Directiva Europea del Ruido¹⁰¹, la Constitución

⁹⁸ <https://www.juntadeandalucia.es/boja/2018/150/13> (fecha de consulta: 29 de noviembre de 2018).

⁹⁹ Mi argumentación debe entenderse al margen de esta última. En su transcurso, la hostelería ha sido sin duda uno de los sectores profesionales más castigados, razón por la que en momentos de mayor relajación se abrió bastante la mano. Sin embargo, la crisis no debe ser excusa para volver por los mismos fueros cuando todo pase.

¹⁰⁰ <https://www.defensordelpueblo.es/noticias/decalogo-de-los-defensores-del-pueblo-contra-el-ruido/> (fecha de consulta: 29 de noviembre de 2018).

¹⁰¹ <https://eur-lex.europa.eu/legal-content/ES/ALL/?uri=CELEX%3A32002L0049> (fecha de

y el Estatuto de Andalucía. El respeto y la cultura no merecen su nombre si se construyen a costa del abuso sobre una parte representativa de la sociedad, aun cuando ésta no tenga más fuerza que la de su humilde voto. Los derechos propios empiezan siempre donde terminan los ajenos.

Figura 5. Invasión de terrazas y locales de ocio en el casco histórico de Córdoba



Fuente: Fotografías de diversa autoría.

A todo ello, por último, se suman las complicaciones derivadas del tráfico rodado. Este es quizás el aspecto más doloroso, lacerante e incomprensiblemente surrealista que soportan quienes viven en el casco viejo de la ciudad. Los procesos de peatonalización, con ser un regalo para los ciudadanos, resultan siempre traumáticos para quienes se les priva de poder llegar en coche hasta su casa. Basta un poco de sentido común para entender que uno de los principios fundamentales de la urbanística moderna consiste en aligerar el tráfico del corazón de las ciudades desplazándolo hacia las rondas y los grandes ejes viarios. Por eso resulta tan inexplicable que, tras la última remodelación del mismo acometida por el Ayuntamiento local, para salir o entrar de muchas de las cocheras de barrios tan poblados y emblemáticos como la Axerquía haya, necesariamente, que pasar por el

consulta: 29 de noviembre de 2018).

centro neurálgico de la urbe: la plaza de Las Tendillas; con lo que esto supone de densificación de la circulación en calles y plazas poco aptas para ello, de molestias para los peatones, y de enfado lógico y más que justificado para los usuarios, que ven cómo de manera sistemática se les dificulta su día a día, se les expulsa de su entorno en beneficio de un nuevo modelo urbano que prima los usos turísticos y la desnaturalización frente a los intereses de quienes lo habitan y lo construyen desde hace siglos como entidad urbana. Sin olvidar que tales cortapisas afectan también a los propios turistas, condenados a dar tumbos con sus coches durante horas antes de que consigan acceder a sus hoteles respectivos; a los despistados que caen en las garras inmisericordes de las cámaras de vigilancia y punición; a los centros de enseñanza y el transporte escolar, y a cualquier tipo de urgencia, médica o sobrevenida.

Añádanse a los problemas ya indicados la suciedad y el desorden; la falta de señalización adecuada o de servicios en el centro histórico; la multiplicación de solares abandonados que además de afear se convierten con el paso del tiempo en nidos de ratas o de toxicómanos; el cableado omnipresente y desafortunado en fachadas, calles y plazas; la proliferación de antenas y aparatos de aire acondicionado (*vid.* Figura 4); la cartelería invasiva en pleno corazón de la zona Patrimonio de la Humanidad; la mendicidad de mayores y niños; la economía sumergida, que por regla general genera empleo de muy baja calidad, precarios y mal pagados; el turismo de borrachera, indómito y desmesurado; la cultura del jolgorio, la gentrificación salvaje... y se obtendrá una imagen mucho más completa de los problemas que padece actualmente la ciudad. De ahí la necesidad de un proyecto holístico que la gestione y la potencie en su integridad.

De entre todas las limitaciones señaladas destaca, de hecho, una de trascendencia inusitada que, aun cuando ya apuntada, merece la pena individualizar: el abandono del casco histórico por parte de sus habitantes tradicionales en beneficio de la hostelería, las multinacionales y los compradores de mayor poder adquisitivo o los apartamentos turísticos; en un ejemplo paradigmático y agudo de gentrificación. Sirva como ejemplo conspicuo al respecto el entorno de la Mezquita-Catedral, declarado Patrimonio de la Humanidad por partida triple (si incluimos los patios), casi vacío ya de residentes, que han vendido o venden sus casas al mejor postor para que puedan ser explotadas turísticamente, cansados de tantas trabas y tanta molestia diaria. Esto viene provocando a su vez, de forma silenciosa pero imparable, la desaparición de tipologías arquitectónicas milenarias basadas en el esquema de la casa-patio en beneficio de locales comerciales que, a su vez, falsean o enmascaran la imagen urbana, disfrazándola.

Esta cuestión fue ya denunciada en 2008 por G. Palmieri (2008), en un ensayo sobre Córdoba como ciudad histórica que mantiene plena vigencia. En un proceso alarmante de consecuencias insospechadas el fenómeno se va haciendo extensivo al resto del casco histórico, reconvertido para negocios diversos al servicio de una burbuja turística que ha estallado con la crisis del coronavirus provocando un desastre descomunal ante la falta de alternativa; transformado aquél poco a poco en puro cascarón de huevo que tal vez mantendrá durante algún tiempo la vida, pero a costa de su desnaturalización, de alterar por completo su tradición y romper su equilibrio, de expulsar *piano piano* y criminalmente a los vecinos, que son quienes le han dado su carácter singular, construyéndolo y viviéndolo en primera persona durante siglos.

Existen mecanismos normativos como el Plan Especial para la Protección del Casco Histórico que deberían estar velando por que esto no ocurriera, pero dicho documento es de 2003, y las cosas han cambiado mucho en la ciudad desde entonces, especialmente en los últimos cuatro o cinco años, cuando el turismo pasó de ser potencial fuente de riqueza a implacable invasión. Los responsables políticos no tendrán, pues, más remedio que tomar antes o después cartas en el asunto, por más que ello termine enfrentándoles al sector de la hostelería, cuyo papel en la salvaguarda y enriquecimiento del discurso patrimonial y en el empleo de calidad no acaba de estar claro. En caso contrario será la ciudadanía la que se pronuncie. Córdoba no está preparada para una transformación tan radical. De ahí las denuncias, como la de Marta Jiménez cuando hablaba hace algún tiempo de la “disneyficación *de la Judería* y el Alcázar Viejo, el monocultivo comercial, la pérdida de identidad, la gentrificación, la transformación del paisaje urbano o las heridas de muerte a la vida social de los barrios”¹⁰².

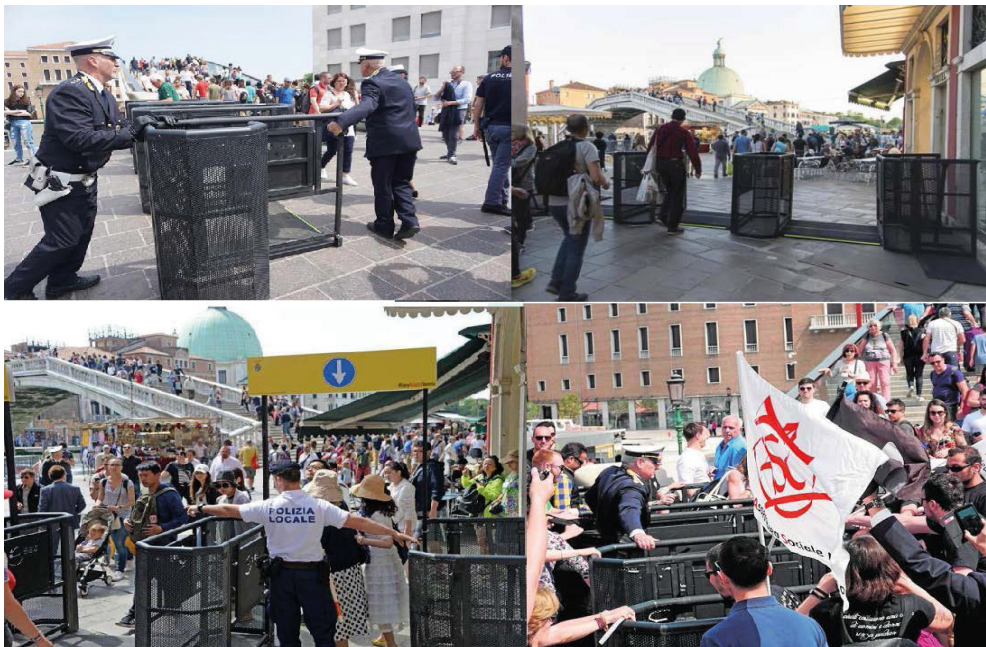
Es hora de escuchar lo que esas mil voces gritan, de sentarse a reflexionar sobre las claves del mensaje que transmiten, y reaccionar en consecuencia antes de que todo sea irreversible. La responsabilidad institucional al respecto, por más que obedezca a claves políticas o ideológicas —quizás también a determinados intereses—, es enorme; incluso aunque se trate de pura ignorancia, en la que algunos persistirían en enroscarse. Una sociedad que no respeta la herencia patrimonial —material e inmaterial—, que ha recibido, cuidándola y engrandeciéndola sin pervertirla, es una sociedad abocada a perder su anclaje en la historia, que no se respeta. Córdoba debería, pues, renunciar a su discreción y

¹⁰² M. Jiménez, “Mordor”, en *Diario Córdoba* de 18/05/2017. https://www.diariocordoba.com/noticias/opinion/mordor_1147238.html

abulia seculares, y reivindicar activamente su esencia como cultura. Lo que está ocurriendo es muy grave.

En este sentido se veía venir; y hasta cierto punto es lógico que haya sido en Venecia, porque la ciudad, con sólo cincuenta mil habitantes, lleva soportando una sobrecarga turística desorbitada desde hace demasiado tiempo. Treinta millones de visitantes al año, en un conjunto urbano inestable por definición que corre el peligro de verse engullido por las aguas y se cae de puro bello, son una barbaridad incluso si se miran desde un punto de vista meramente crematístico. Hablo de los tornos que el Comune de la Serenísima colocó hace algún tiempo con carácter provisional en varios puntos neurálgicos de acceso al corazón de su casco histórico, a fin de limitar, o por lo menos intentarlo, un flujo de personas que parece regenerarse a cada segundo (Figura 6). Como era de esperar, las reacciones fueron variadas, y en muchos casos furibundas. Los hosteleros y comerciantes vieron peligrar la gallina de los huevos de oro, y una parte de la población se manifestó en contra de convertir su lugar en el mundo en una suerte de parque temático. Pero ¿cómo actuar ante unas avalanchas de gente que no paran de crecer?

Fig. 6. Tornos en Venecia, motivo de polémicas y protestas por lo que representan de tematización de la Perla del Adriático.



Fuente: Fotografías de diversa autoría.

Nuestros centros monumentales no están preparados para soportar tantos miles de turistas, que en el deseo legítimo de disfrutarlos acaban sin embargo conculcando su naturaleza, poniendo en riesgo un paisaje patrimonial frágil y no renovable, muy afectado ya por las intervenciones en él para ser expuesto, y extremadamente vulnerable a la acción de los viajeros por lo que ello implica de sobreexplotación y de mixtificación. Sirva recordar al efecto eventos multitudinarios en Córdoba, como la fiesta de las Cruces, mercantilizada hasta extremos alarmantes, o la de los patios: desde su reconocimiento como Patrimonio Inmaterial de la Humanidad por la Unesco ha desvirtuado su naturaleza y terminado por derivar en algo distinto tras ser invadida por una muchedumbre ansiosa que ha expulsado de ella a muchos cordobeses (Figura 7). La masificación tiene efectos publicitarios y económicos inmediatos, pero acaba por provocar el rechazo y la huida de la población residente, la pérdida de valor. De ahí sus riesgos.

Obviamente, la burbuja turística no es problema exclusivo de Córdoba. La relativa estabilidad de los países del Occidente de Europa, y más en particular de España, antes de la crisis del Covid, los ha convertido en foco de atracción para un turismo nacional e internacional que huye del miedo y la inseguridad buscando el sol y el tipismo, y que cuando se convierte en multitudinario acaba por transformar su experiencia en relación con el bien visitado en “*idolatría estática e irracional*”, que dejó dicho M. Himmelmann (1981, 78). Se entiende por tanto la necesidad de poner límites; de controlar el proceso aprovechando la bonanza para crear estructura; de apostar por la oferta cultural de calidad en lugar de dar entrada a hordas de gente que se van tras un contacto superficial; de potenciar lo propio en aras de la singularidad, evitando que Córdoba desdibuje más sus perfiles; de no dejarse cegar por el dinero fácil y hacer ciudad pensando en el futuro...; porque el futuro llegará, y puede cogerla con el paso cambiado.

No cabe apostar, en definitiva, por la industria turística como única alternativa. Conviene diversificar, enriquecer el tejido económico, apoyar sin reservas líneas de trabajo complementarias que enraícen con fuerza en lo propio, porque hablamos de un patrimonio común que los cordobeses han hecho suyo dotándolo de un valor añadido, garante de su supervivencia. Una urbe ideal es la que evoluciona y crece fiel a sí misma y su esencia de siglos, la que hace más fácil y agradable la existencia de sus habitantes, la que facilita su devenir cotidiano, la que les regala con espacios públicos confortables y acogedores, la que piensa en todos y cada uno de ellos sin primar eventuales intereses económicos, partidistas, coyunturales o ideológicos sobre el bien común, la casuística colectiva o la esencia cultural y las tradiciones de quienes –ellos sí– hacen ciudad a base de vivirla.

Figura 7. Escenas de masificación durante la fiesta de los Patios en Córdoba, que contrastan grandemente con el espíritu de disfrute familiar e íntimo de estos últimos.



Fuente: Fotografías de diversas autorías.

5. A MODO DE RECAPITULACIÓN

Más allá de la masificación en sí misma, provocada por el turismo de aluvión al que la crisis sanitaria provocada por el coronavirus puso fin de manera tan inesperada como traumática, los peligros de lo que está ocurriendo al respecto en muchas de nuestras ciudades históricas son importantes y variados; entre ellos:

- la pervisión de los fines últimos del turismo, entendido en sentido estricto desde una posición de ortodoxia histórica y también semántica;
- la ‘tematización’ de los espacios naturales, de los conjuntos históricos y de los sitios arqueológicos, obviando así su carácter integral y las exigencias naturales de diacronía y transversalidad;
- la creación de discursos bastardos, con el peligro más que evidente de caer temerariamente en los tópicos y el costumbrismo anacrónico, exacerbándolos;

- la pérdida del valor histórico acumulado, hasta convertir lo auténtico y genuino en puro artificio de cartón piedra, o incurrir en la mimetización global;
- la insostenibilidad, derivada del turismo masivo, el encarecimiento de los centros históricos, la expulsión de los residentes, el despoblamiento en beneficio de la hostelería y la pura saturación, a punto siempre de rebasar peligrosamente la capacidad de carga;
- la primacía de la forma sobre el fondo, de lo bello sobre el valor patrimonial, del artificio y la complacencia sobre la tradición, la autenticidad, la preservación, la investigación y el equilibrio, menos rentables.

En definitiva, no cuestiono la fiesta de los patios, de belleza, raigambre y proyección indiscutibles. Abrir las puertas de una casa para que durante dos semanas desfilen por el corazón de la misma decena de miles de desconocidos sin otra contrapartida, en principio, que la de socializar el tesoro familiar más valioso, es de una generosidad y un altruismo poco frecuentes. No obstante, una de las claves determinantes de los patios domésticos desde el principio de los tiempos, o al menos desde que tenemos constancia de ellos, ha sido la de su concepción como espacios destinados a la intimidad de la familia, a la oxigenación de la casa, al disfrute del ocio y de lo personal, en una clara evocación del paraíso en la tierra. Nada, pues, que ver con su invasión por multitudes, ni siquiera temporalmente, por más que la esencia de muchos de ellos haya sido la vida en comunidad. Son, pues, los antropólogos, los urbanistas, los geógrafos, los historiadores, y por qué no, también los arqueólogos, o los llamados a establecer con urgencia, desde una perspectiva interdisciplinar, rigurosa, fundamentada y de consenso, en qué medida una fiesta así conculca o no la naturaleza más profunda y definitiva de tales bienes.

Después de su declaración como Patrimonio Inmaterial de la Humanidad por la UNESCO, la apertura al público de los patios cordobeses se ha convertido en uno de los activos más importantes de Córdoba, y, junto a la Mezquita y Medina Azahara, en su tirón más importante para el turismo, por lo que sería suicida renunciar a ella. Ahora bien, la ciudad¹⁰³ debe reflexionar de forma perentoria sobre cómo abordar dicha fiesta de cara al futuro y limitar su alcance; no ya sólo

¹⁰³ Y por tal entiendo las Administraciones responsables, que indefectiblemente deben huir de las decisiones políticas para ponerse en mano de los especialistas y de los agentes implicados. Sólo entonces, tras escuchar a todos y estudiar a fondo el problema, será posible llegar a soluciones fundamentadas con vocación de sostenibilidad.

en cuanto a la afluencia de público, sino también en cuanto al inventario, la conservación y los usos de dichos espacios. Además, por supuesto –dada la proliferación de discursos espurios–, de velar por su autenticidad, por que no pierdan la esencia y acaben mostrándose al mundo como una simple tarjeta postal, hermosa sin duda pero carente de vida y de contenido; porque un patio es oasis de silencio y aromas, rumor gozoso de agua y savia, doblones de luz entre jazmines, ecos atávicos de ronda, claros insinuantes de luna, susurros reposados de novena, calma esponjosa de siesta, sigilos secretos de madrugada...; nunca bullicio, exceso de decibelios, derivaciones adulterinas, gritos o ruido, por más que sean espacios privilegiados de convivencia. Para eso ya está el resto de la ciudad.

Que las sociedades evolucionen resulta sano, natural y hasta deseable; pero ¿es realmente necesario que lo hagan a costa de conculcar su pureza, renunciando a ellas mismas...?

6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Andreu, J.; García, J.F. (2012), “La ciudad romana de Los Bañales. Arqueología al servicio de la investigación, la formación y el desarrollo rural: el proyecto de la Fundación Uncastillo”, *Glyfos* 1, Valladolid, pp. 31-55.
- Ayán, X. (2014), “El capital social del patrimonio arqueológico. La gestión para el desarrollo y la participación de las comunidades locales”, en Vives, J.; Ferrer, C. (Eds.), *El pasado en su lugar. Patrimonio arqueológico, desarrollo y turismo*, Valencia, pp. 139-176.
- Badia, J. (2009), “Patrimoni, identitat e ciutadania”, *Treballs d'Arqueologia* 15, Barcelona, pp. 21-27.
- Berrocal, P. (2016), (2016), “Ejercer de arqueólogo profesional. ¿Nuevas perspectivas para un tiempo diferente?”, en Vaquerizo, D.; Ruiz, A.; Delgado, M. (Eds.), *RESCATE. Del registro estratigráfico a la sociedad del conocimiento: El patrimonio arqueológico como agente de desarrollo sostenible*, Córdoba, Vol. I, pp. 121-140.
- Blanco Guzmán, R. (2018), “Vivir en la Córdoba islámica: de la *fitna* a la entrada en la ciudad de Fernando III”, en Vaquerizo Gil, D. (Coord.), *La historia de Córdoba a través de sus barrios (I). De los vici romanos a los arrabales islámicos*, Córdoba, 351397.
- Brogio, G.P. (2014), “Comunicare l'archeologia in una economia sostenibile”, *PCA (European Journal of Post-Classical Archaeologies)* 4, Mantova, pp. 331-342.
- Casal García, M^a. T. (2020), *El arrabal de Šaḡunda: un modelo temprano de urbanismo omeya en el Mediterráneo occidental*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Córdoba/IH-CCHS (CSIC).

- Castro Carrera, J.C. (2011), “Sociedad, cultura... arqueología”, en Almansa, J. (Ed.), *El futuro de la Arqueología en España*, San Fernando de Henares (Madrid), 49-53.
- Cuozzo, M; Guidi, A. (2013), *Archeologia delle identità e delle differenze*, Roma.
- De la Bandera, M.L., Ferrer, E. (Coords.) (2016), *El Carambolo: 50 años de un tesoro*, Sevilla.
- Díaz-Andreu, M. (2014), “Turismo y Arqueología: una mirada histórica a una relación silenciada”, *Anales de Antropología* 48, pp. 9-40.
- Escobar, J.M. (1989), *Córdoba en la Baja Edad Media. Evolución urbana de la ciudad*, Córdoba.
- Fernández Gallardo, I. (2015), *La declaración de Patrimonio Mundial y su influencia en la difusión del Patrimonio Arqueológico. El caso de Córdoba*, Trabajo Fin de Máster (dirigido por A., Castillo Mena), Universidad Complutense de Madrid.
- Ferrer, C.; Vives, J. (2014), “Patrimonio arqueológico y turismo. Unas reflexiones finales”, en Vives, J.; Ferrer, C. (Eds.), *El pasado en su lugar. Patrimonio arqueológico, desarrollo y turismo*, Valencia, pp. 177-189.
- Flora, N. (2015), *Pompei. Modelli interpretativi dell'abitare. Dalla domus urbana alla villa extraurbana*, Siracusa.
- Fuertes, M.C.; Hidalgo, R. (2005), “El yacimiento de Cercadilla en Córdoba. Un proyecto de conservación complejo”, *III Congreso sobre musealización de yacimientos arqueológicos. De la excavación al público. Procesos de decisión y creación de nuevos recursos*, Zaragoza, pp.31-37.
- García Gómez, E. (1976). “Elogio del Islam español (*Risala fi fadl Al-Andalus*), por Al-Saqundi”, en *Andalucía contra Berbería. Reedición de traducciones de Ben Hayyan, Saqundi y Ben Al-Jatib*, Barcelona, 43-141.
- González Gutiérrez, C. (2018), “vivir en la Córdoba islámica: la etapa emiral”, en Vaquerizo Gil, D. (Coord.), *La historia de Córdoba a través de sus barrios (I). De los vici romanos a los arrabales islámicos*, Córdoba, 299-322.
- González Marcén, P. (2010), “La dimensión educativa de la arqueología”, *La tutela del patrimonio prehistórico. Congreso memorial Siret, 22-25 septiembre 2010*, Antequera (http://www.juntadeandalucia.es/culturaydeporte/museos/media/docs_/CADA_sd-gonzalez-dimension-educativa-arqueologia.pdf).
- Grande León, A. (2016), “El patrimonio arqueológico. Investigación, conservación, gestión y difusión del patrimonio en la era digital”, en Vaquerizo, D.; Ruiz, A.; Delgado, M. (Eds.), *RESCATE. Del registro estratigráfico a la sociedad del conocimiento: El patrimonio arqueológico como agente de desarrollo sostenible*, Córdoba, Vol. I, pp. 307-321.
- Gros, P.; Torelli, M. (2007), *Storia dell'urbanistica. Il mondo romano*, Roma.
- Gutiérrez Lloret, S. (2012), “Gramática de la casa. Perspectivas de análisis arqueológico de los espacios domésticos medievales en la península Ibérica (siglos VII-XIII)”, *Arqueología de la Arquitectura* 9, Jaén, 139-164.

- Hidalgo, R. (Ed.) (2016), *Las villas romanas de la Bética*, Sevilla, 2 vols.
- Himmelman, N. (1981), *Utopia del pasato. Archeologia e cultura moderna*, Bari.
- Jashemski, W.F. et alii (Eds.) (2017), *Gardens of the Roman Empire*, Cambridge.
- León Muñoz, A. (2019), “Apuntes para una revisión de la arqueología sobre la Córdoba islámica, ese oscuro objeto de deseo...”, *Actas de los Simposios de la Sociedad Española de Estudios Árabes III*, Almería, pp. 153-176.
- León Muñoz, A.; Vaquerizo, D. (2012), “Un nuevo modelo de gestión de la Arqueología Urbana en Córdoba”, en Beltrán, J.; Rodríguez, O. (Eds.), *Hispaniae Urbes. Investigaciones arqueológicas en ciudades históricas*, Sevilla, 321-361.
- Manzato, F. (2007), “Turismo Arqueológico: diagnóstico e análisis do produto arqueoturístico”, *Pasos. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural*, 5 (1), Tenerife, pp. 99-109.
- Márquez, F.S. (2013), *La Córdoba de Antonio Cruz Conde, el Alcalde que cambió la ciudad*. Córdoba.
- Monzo, P. (2008), “El problema del aislamiento de los bienes inmuebles arqueológicos. La búsqueda del significado”, *Romula* 7, Sevilla, 331-353.
- Monzo, P. (2010), “Patrimonio arqueológico en la ciudad de Sevilla: cuidados y olvidados”, en Hidalgo, R. (Coord.), *La ciudad dentro de la ciudad. La gestión y conservación del patrimonio arqueológico en ámbito urbano*, Sevilla, 107-142.
- Moreno, A.; Sariago, I. (2017), “Relaciones entre turismo y arqueología. El turismo arqueológico”, *Pasos. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural* 15.1, Universidad de La Laguna, pp. 163-180.
- Morín, J.; Barroso, R. (2014), “De la arqueología de la mortadela a la arqueología de la resistencia. La democratización fallida de la Arqueología española”, *Arqueoweb* 15, pp.315-321; <http://pendientedemigracion.ucm.es/info/arqueoweb/pdf/15/MorinBarroso.pdf>
- Moya, P. (2013), “El ‘Entorno Jamila’ (Villanueva de los Infantes, Ciudad Real, España). De la iniciativa personal a un proyecto de gestión integral de la investigación arqueológica”, en Almansa, J. (Ed.), *Arqueología Pública en España*, Madrid, pp. 351-374.
- Muñoz Molina, A. (2009), *Córdoba de los Omeyas*, Sevilla (2ª ed.).
- Napolitano, M.R.; Marino, V. (a cura di) (2016), *Cultural heritage e made in Italy. Casi ed esperienze di marketing internazionale*, Napoli.
- Neira Jiménez, L. (2018a), “El mosaico pavimental en *Corduba Colonia Patricia*: sociedad, mito e ideología”, en Vaquerizo Gil, D. (Coord.), *La historia de Córdoba a través de sus barrios (I). De los vici romanos a los arrabales islámicos*, Córdoba, 145-186.
- Neira Jiménez, L. (2018b), “Océano en los mosaicos romanos. A propósito de un pavimento de *Colonia Patricia*”, *Anales de Arqueología Cordobesa* 29, Córdoba, 157-176.
- Orejas, A.; Ruiz del Árbol, M. (2013), “Arqueología del paisaje: procesos sociales y territorios”, en Quirós, J.A., *La materialidad de la historia. La arqueología en los inicios del siglo XXI*, Madrid, pp. 201-240.

- Palmieri, G. M. (2008), “Imagen de una ciudad del tercer milenio. Límites, obstáculos, necesidades y oportunidades para la ciudad de Córdoba”, *Arte, Arqueología e Historia* 15, Córdoba, 285-294.
- Parga-Dans, E. (2011), *Innovación y emergencia de un servicio intensivo en conocimiento: El caso de la arqueología comercial*, Tesis doctoral, Universidad de Santiago de Compostela (2010). Disponible en: <http://hdl.handle.net/10251/13175>.
- Pérez-Juez, A. (2006), *Gestión del Patrimonio Arqueológico. El yacimiento como recurso turístico*, Barcelona (3ª ed. 2015).
- Pulido Calvo, A.J. (2008), “La Arqueología como instrumento de rentabilidad social y económica: el ejemplo de Córdoba”, *Anejos de Anales de Arqueología Cordobesa* 1, Córdoba, 321-338.
- Ramos Gil, M. (2016), *Casas señoriales de Córdoba y otras casas principales*, Córdoba.
- Rodríguez Temiño, I. (2004), *Arqueología urbana en España*, Barcelona.
- Rossi, A.M. (2002), *Ville romane nel Golfo di Napoli*, Napoli.
- Ruiz Bueno, M.D. (2018), *Dinámicas topográficas urbanas en Hispania. El espacio intramuros entre los siglos II y VII d.C.*, Edipuglia, Bari.
- Ruiz Rodríguez, A. *et alii* (2015), “El palacio y el urbanismo del *oppidum* de Puente Tablas (Jaén)”, en Ruiz Rodríguez, A.; Molinero, M. (Eds.), *Jaén, tierra ibera: 40 años de investigación y transferencia*, Jaén, 107-118.
- Salvatierra, V. (2013), “En los adentros de la ciudad. Arqueología y urbanismo”, en Quirós, J.A., *La materialidad de la historia. La arqueología en los inicios del siglo XXI*, Madrid, pp. 241-270.
- Sánchez Ramos, I.; Mateos, P. (Eds.), (2018), *Territorio, topografía y arquitectura de poder durante La Antigüedad Tardía*, Mytra 1, Mérida.
- Solsona, J.; Rico, E. (2014), “Patrimonio arqueológico in situ: desarrollo y turismo”, en Vives, J.; Ferrer, C. (Eds.), *El pasado en su lugar. Patrimonio arqueológico, desarrollo y turismo*, Valencia, pp. 29-62.
- Vallejo, A. (2010), La ciudad califal de Madinat al-Zahra. Arqueología de su excavación, Córdoba.
- Vaquerizo, D. (2018a), *Cuando (no siempre) hablan las piedras. Hacia una arqueología integral en España como recurso de futuro. Reflexiones desde Andalucía*, JAS Arqueología, Madrid.
- Vaquerizo, D. (2018b), “Vivir en la Córdoba romana”, en Vaquerizo Gil, D. (Coord.), *La historia de Córdoba a través de sus barrios (I). De los vici romanos a los arrabales islámicos*, Córdoba, 33-116.
- Vaquerizo, D.; Murillo, J.F. (Eds) (2010), *El anfiteatro romano de Córdoba y su entorno urbano. Análisis arqueológico (ss. I-XIII d.C.)*, MgAC 19, Córdoba, 2 vols.
- Vaquerizo, D.; Quesada, F.; Murillo, J.F. (1994), “Unidades de hábitat y técnicas constructivas en el yacimiento ibérico del Cerro de la Cruz (Almedinilla, Córdoba)”, *Anales de Arqueología Cordobesa* 5, Córdoba, 61-98.

- Vázquez Navajas, B. (2018), "Vivir en la Córdoba islámica: la etapa califal", en Vaquerizo Gil, D. (Coord.), *La historia de Córdoba a través de sus barrios (I). De los vici romanos a los arrabales islámicos*, Córdoba, 323-350.
- Viana, I. (2013), "Arqueología y Medios de Comunicación", en Almansa, J. (Ed.), *Arqueología Pública en España*, Madrid, 95-113.
- Vives, J.; Ferrer, C. (Eds.) (2014), *El pasado en su lugar. Patrimonio arqueológico, desarrollo y turismo*, Valencia.
- Vizcaíno, A. (2015), (2015), "Dilemas, reflexiones y posibilidades de una investigación arqueológica que se pretende socialmente comprometida", *La Linde* 5, Valencia, pp. 193-214.
- Volpe, G. (2015), *Patrimonio al futuro. Un manifesto per i beni culturali e il paesaggio*, Electa, Roma.
- Volpe, G.; De Felice, G. (2014), "Comunicazione e progetto culturale, archeologia e società", *PCA (European Journal of Post-Classical Archaeologies)* 4, Mantova, pp. 401-420.
- Zanker, P. (1998), *Pompeii. Public and Private Life*, Harvard.